

232.9

V.

Bx 1583

v5

v5



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

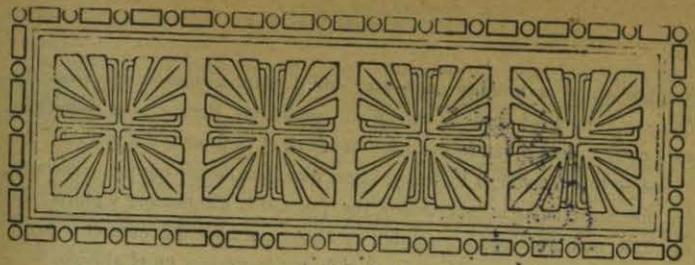
ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE SEÑALA LA LEY

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta del Corazón de Jesús, Muelle de Marzana, 7.—1912.



INTRODUCCION

CON la gracia de Dios deseo escribir una vida de Nuestro Señor Jesucristo de tal estilo que la pueda entender cualquier cristiano por sencillo y poco erudito que sea.

O hablando de otra manera deseo que todo el pueblo pueda saber todo cuanto el Evangelio nos dice acerca de Jesucristo, y conocer todo cuanto el Espíritu Santo acerca del Hijo se ha dignado revelarnos. Conocer a Jesucristo es vida y vida eterna.

Así nos lo dijo el mismo Señor Nuestro en la oración última que dirigió a su Padre después de la Cena: «Levantó—dice San Juan—sus ojos al cielo y dijo: Padre, llega ya la hora: glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique, ya que le has dado autoridad sobre toda carne, para que dé la vida eterna a todos los que le has encomendado. Porque esto es vida eterna: el conocerte a tí, único verdadero Dios, y al que tú has enviado, a Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, glorificame tú junto a tí con aquella gloria que tuve en tí desde antes que el mundo existiese».

En esta oración pide Jesucristo al Padre nuestra vida eterna, pues va a consumir nuestra redención con el acto redentor por excelencia de su Sacratísima Pasión. Y al pedir esta vida eterna, suplica que, así como él en sus predicaciones anteriores y en toda su vida ha glorificado al Padre y le ha dado a conocer a los hombres, así el Padre ahora le glorifique a él, su Hijo, haciendo que, mediante su Pasión sobre todo, sea conocido en su propia gloria, en la gloria que tiene junto al Padre, en la gloria que tiene desde la eternidad, de manera que sea conocido y glorificado no solo como

hombre, como un hombre eminente, sabio, justo, virtuoso, sino como lo que es y lo que fué desde la eternidad, como Dios. Porque, dice, esta es la vida eterna que yo quiero dar a los hombres el conocerte a tí y a mí.

Así se lo concedió el Padre, y, como dice San Pablo, porque Jesucristo fué obediente hasta la muerte de Cruz, por eso le dió nombre y gloria, sobre todo nombre y gloria, nombre de Dios, que hace que ante él se arrodille todo lo que no sea Dios, en el cielo, en la tierra y en el abismo.

Vamos, pues, a facilitar a todos en cuanto podamos este conocimiento de Jesucristo, y a cooperar a los designios del Señor, divulgando el Evangelio, la buena nueva, el santo conocimiento de Jesucristo.

Conoced a Jesucristo tal como es desde la eternidad.

Conociéndole no podréis menos de amarle. Su vida es encantadora. En ella más que en toda la historia, ni sagrada, ni profana, vemos bien perfectamente lo que fué Dios, lo que es y lo que será, en el juicio y en la eternidad. Precisamente fué esta su gran sabiduría, el hacerse visible para que por lo que en él viésemos, averiguásemos lo que en él no vemos. «Por el misterio de la Encarnación—nos dice la Iglesia en el prefacio de la misa de Navidad—refulgó a los ojos de nuestra mente una nueva luz; para que al conocer visiblemente a Dios, por este conocimiento de lo visible de Dios, nos sintamos arrebatados al amor de lo invisible de él».

Porque en efecto, Cristo, tal como vivió entre nosotros, y como le vieron los contemporáneos fué bondadosísimo y suavísimo. Y por lo que hizo visiblemente nos manifestó lo que es invisiblemente, ya que no se puede de él decir que es una cosa por fuera y otra por dentro, lo cual sería hipocresía y engaño.

Ni tampoco puede decirse que será distinto después de subido á los cielos que antes, porque fuera de que Jesucristo por su parte no varía, por ser Dios, además es verdad lo que dice San Pablo que, si cuando éramos enemigos y pecadores Cristo nos amó, y nos reconcilió con su Padre, mucho más nos salvará y amará después que ya nos hemos reconciliado por su sangre con Dios.

Y conviene que muchos que tienen falsa idea de la bondad de Jesucristo, la tengan verdadera y lo conozcan como su verdadero y buenísimo padre y hermano primogénito y amantísimo, que así como dió su sangre por nosotros así nos ama ahora mucho más que antes de haberla dado.

Tal vez extrañará a alguno de los lectores el que yo me ponga a hacer ahora una historia de Nuestro Señor Jesucristo, y buscará la razón de ello.

La razón es, de parte de mis lectores, el ver por experiencia que muchos, aun entre los cristianos piadosos, no conocen suficientemente la historia de Jesucristo, sino algunos hechos, trozos y fragmentos de su vida, no en

su relación ordenada. No hay, que yo sepa, en castellano una vida que, al mismo tiempo que completa, sea bastante popular para los que no se dedican a serios estudios de escritura y de teología.

Hay otra razón de mi parte y es el vivo deseo de que nuestro Señor Jesucristo sea cada día más y más conocido. Por lo cual me he movido a poner yo también algún empeño en una empresa tan agradable y gustosa.

En fin, de parte de los malos hay otra razón y es el ver los muchos que, sobre todo en estos últimos tiempos, con aparatos de filosofía y ciencia y progreso, se empeñan sacrílegamente en desfigurar la persona de Nuestro Señor Jesucristo, diciéndole de él, con apariencias de respeto tales cosas, que, si no fuese por cierto miramiento excesivo que tenemos los católicos a tratar con dureza, a todos los que, aunque no sea más que de palabra, dicen que son hermanos nuestros, yo no dudaría afirmar que son tan sacrílegos y tan blasfemos como los racionalistas que en los años pasados fueron censurados como tales por todo el orbe católico. El Jesucristo que estos modernistas nos quieren enseñar, se parece al de los Evangelios y al de la tradición de nuestros Santos Padres como al sol la luna. Obra de una herejía sumamente atrevida y anárquica la historia de Jesucristo, según los modernistas, es la mayor injuria tal vez que se ha hecho desde el comienzo de la Iglesia a nuestra fe, a nuestros Evangelios y a Nuestro Señor Jesucristo.

Por eso me parece aptísima la ocasión, y con grande alegría de mi alma y con vivísimo deseo de que Jesucristo Nuestro Señor sea conocido por todo el mundo, iré recogiendo en estos artículos lo que acerca de Nuestro Redentor yo sepa y conozca.

No será ni mucho, ni poco, sino una cosa regular.

Algunos, y tal vez muchos, sabrán más que yo. No escribo para ellos, antes me enseñó de ellos muchas cosas. Los sabios no necesitan libros porque tienen muchos y muy buenos.

Otros sabrán tanto como yo y mejor. Tampoco escribo para ellos.

Pero otros, y también muchos, sabrán menos que yo, porque distraídos con otros estudios o con el tráfico de los negocios y ocupaciones mundanas o con la brega de la vida, no han podido estudiar.

Para estos, humildes, indoctos, ocupados, he procurado yo estudiar un poco a Nuestro Señor, y me alegraré en el alma de poderles enseñar alguna cosa más de lo que saben acerca de Nuestro Redentor y Nuestro Bien, Jesucristo.

Dos cosas he de advertir desde el principio.

La primera que he de procurar recoger aquí todo lo que de Jesucristo

nos dicen los Evangelios y demás historias del Nuevo Testamento. De manera que a ser posible no desperdicie nada de ellos que no lo ponga en este libro.

La segunda que en la interpretación de los Sagrados Evangelios procuraré seguir opiniones seguras y probadas por autores sólidos. Y aunque no los citaré por no cargar esta historia de notas, no necesarias a aquellos para quienes principalmente escribo, pueden estar seguros los lectores de que no habrá opiniones aquí que no tengan el voto de autoridades seguras. Y si alguna vez aventuramos nuestro propio juicio, tendremos cuidado de advertirlo.

Estoy seguro de que adivino el deseo de muchos y que de ellos los más me agradecerán mi empeño.

A los cuales diré yo como San Andrés a su hermano Simón Pedro. «Hemos hallado al Mesías, Cristo».

O como Felipe a su amigo Natanael: «Aquél de quien escribió Moisés en la ley y los Profetas, le hemos encontrado: es Jesús, el hijo de José el de Nazaret —Y le dijo Natanael: Pero de Nazaret ¿puede salir cosa buena?—Y le respondió Felipe: Ven tú y velo».

Venid, pues, y vedlo. Venid, los que sabéis menos que yo. Los pequeños, los artesanos, los niños, las mujeres, los soldados, los comerciantes, los labradores, los jornaleros, los profanos, los que no tenéis tiempo para estudiar. ¿Porqué habéis de estar vosotros separados del conocimiento de Cristo Nuestro Señor?

Ojalá que estas pobres páginas lleguen a vuestras manos para que las leáis en las tardes de fiesta y en las noches de invierno, como una historia interesante.

Porque la historia de Jesucristo lo es de veras, si yo acierto a escribirla medianamente de modo que la entendáis.

Voy a contárosla, voy a contar una historia la más alegre y la más triste, la más humana y la más divina, la más increíble y la más cierta, la más misteriosa y la más radiante, la más importante de todas las historias de todos los siglos, la historia de Nuestro Señor Jesucristo, a quien quizá no conocéis como debéis, o al menos no conocéis, de modo que os sintáis obligados a amarle con todas vuestras fuerzas y todo vuestro corazón.

Ojalá yo acierte a hacer el libro que más queráis tener en la mano y meditar en vuestra vida. Ojalá yo acierte a haceros entender quién es Jesucristo, y cómo Él es vuestra vida, vuestro bien, vuestra felicidad, vuestro Rey, vuestro Padre y vuestro todo.

Y sobre todo, ojalá que contra las innumerables blasfemias que en nuestros días dicen y escriben los impíos, pueda hacer resaltar en estas páginas

que Jesucristo en su vida fué dos cosas, que están íntimamente unidas, Mesías y Dios.

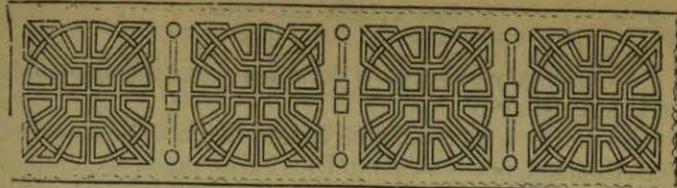
Fué *Mesías*, es decir, el enviado por Dios para cumplir las profecías y ser el Salvador del mundo.

Y fué *Dios*, es decir, hijo verdadero de Dios verdadero.

Este es el fundamento de toda nuestra fe y religión y de toda nuestra vida y salvación, creer que Jesucristo es Mesías Hijo de Dios.

El que esto crea y obre conforme a esta fe se salvará, y el que no lo crea se condenará. *Qui vero non crediderit condemnabitur.*





VIDA ETERNA

I. JESUCRISTO EN CUANTO DIOS NACE DEL PADRE Y VIVE EN EL PADRE

(J. 8,51 y sig.; 1, 1. 2)



ESTABA un día Jesucristo en Jerusalén disputando con los Fariseos en una de las más elocuentes discusiones que con ellos sostuvo, y les decía:

«—Si creéis mis palabras seréis de verdad mis discípulos, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

Y le respondieron indignados:

«—Nosotros somos descendientes de Abraham, y jamás hemos sido esclavos. ¿A qué vienes diciendo que nos haremos libres?»

Pero Jesús les cerró los labios diciéndoles:

«—Todo el que comete pecado es esclavo del pecado... Ya sé que sois hijos de Abraham. Pero si sois hijos de Abraham haced lo que hizo Abraham... Abraham estaba deseando ver mi día, lo ha visto y se ha alegrado.

Y espantados entonces de oírle hablar como si hubiera conocido a Abraham y le hubiese tratado, le dijeron:

«—Aún no tienes cincuenta años ¿y has visto a Abraham?»

Y les dijo Jesús gravemente:

«—Os digo y os vuelvo a decir; antes que Abraham fuese criado existo yo».

En efecto, Jesucristo, si en cuanto hombre nació después de Abraham, pero en cuanto Dios existe desde la eternidad.

In principio erat Verbum. Así comienza su evangelio San Juan. «En el principio existía ya el Verbo». Imaginad cualquier principio, retroceded con la imaginación buscando el origen de todas las cosas, el principio de todos los tiempos, y os encontraréis con que ya entonces existía el Verbo, que por consiguiente, si ya en todo principio existía, existió sin principio desde toda la eternidad.

«Este Verbo estaba junto a Dios» porque, distinto del Padre, estaba junto al Padre.

Y el mismo «Verbo era Dios», Dios como el Padre, Dios consustancial con el Padre, junto al cual y dentro del cual, igual e idéntico en sustancia, aunque distinto en persona, estaba ya en el principio y antes del principio de todas las cosas.

Es notable que San Juan llame a la segunda persona de la Santísima Trinidad *Verbo*.

Solo San Juan le da este nombre que no se halla en ningún otro de los Evangelistas, ni de los escritores sagrados. Y parece, según el modo seguro y sencillo de hablar de San Juan desde el principio, que estaba seguro de que todos sus oyentes entendían bajo el nombre de Verbo, a la segunda persona divina. Y como tampoco Jesucristo en su vida se llamó nunca, que sepamos al menos, Verbo, algunos han querido deducir malamente que toda su doctrina del Verbo o al menos la denominación, la sacó San Juan, no de la revelación e inspiración del Espíritu Santo, ni de la doctrina de Cristo, sino de la doctrina de Platón, que fué un filósofo griego, o de alguno de los neoplatónicos de la escuela alejandrina, y principalmente de Filón, que renovaron las doctrinas platónicas.

Pues bien, esto no es verdad. Respecto a la doctrina, no tuvo necesidad de aprender el Evangelista de Platón ni de sus discípulos, lo que Jesucristo enseñó en toda su predicación acerca de su Divinidad, que es muy distinto de lo que enseñó Platón y sus discípulos.

Y en cuanto al nombre de *Verbo*, o como dicen los grie-

gos, *Logos*, San Juan lo derivó más bien del libro de la Sabiduría donde expresamente se llama *Logos* o *Verbo* a la Sabiduría del Padre. Y como esta Sabiduría en los libros del Antiguo Testamento aparece como verdadera persona, *engendrada* del Padre, *unigénita* de él, sabiendo San Juan como sabía que en Jesucristo había una naturaleza engendrada del Padre, consustancial con él, que se unió con la santísima Humanidad en unidad de persona, dedujo natural y fácilmente sin necesidad de Platón que aquella Sabiduría, aquel *Verbo*, aquel *Logos* era el Hijo de Dios que se hizo hombre por nosotros. Y por eso llamó Verbo al Hijo de Dios.

Lejos de tomar San Juan esta doctrina y este nombre de los platónicos, ¿quién sabe si Platón y los platónicos tomaron esta idea y este nombre de los libros judíos y sagrados o del trato con los sabios de Israel?

Y si los heterodoxos por leves analogías que encuentran entre Platón y San Juan en éste punto, dicen, sin más fundamento, que de ellos sacó San Juan el llamar a la naturaleza divina, que había en Jesús, *Verbo*, mucho más podemos decir nosotros que sacó esta denominación o de revelación expresa que le hizo Jesucristo o el Espíritu Santo, o al menos de los antiguos libros sagrados donde la Sabiduría de Dios está retratada con caracteres iguales a los del Hijo de Dios que se hizo hombre, a quien conoció San Juan y cuya historia nos describió.

Lo que no puede negarse es que el *Logos* de Filón no se parece en nada al *Logos* o *Verbo* de San Juan. El *Logos* de Filón es un ente vago, y que unas veces presenta unos caracteres, otras otros, y por cierto no muy coherentes. Al paso que el *Verbo* de San Juan está perfectamente definido como Persona divina.

Por lo demás, es aptísima esta palabra para definir la naturaleza divina de Jesucristo. Verbo es lo mismo que concepto, idea, sabiduría, y eso es precisamente el Hijo de Dios, la idea, la sabiduría, el concepto del Padre, personal como el Padre, consustancial con él e idéntico en naturaleza, no como nuestro pensamiento e idea, que son accidentales y muy distintos de nuestra naturaleza y sustancia misma.

2. LO QUE EL VERBO HIZO POR LOS HOMBRES EN SU VIDA ETERNA

(J. 1,3 y sig.)

Estaba, pues, este Verbo desde el principio en Dios.

Y no, porque no hubiese nacido según la carne, dejó de hacer nada por nosotros. Porque dice San Juan que «todo fué hecho por medio de él, y sin él (sin su intervención) no se hizo ni una sola cosa, de cuantas han sido criadas».

«En él había vida y la vida era la luz de los hombres». No era Verbo muerto, sino lleno de vida, de vida personal, divina, consustancial con el Padre, que consiste en conocer al Padre, y ser para con él su sabiduría y su idea, y para con los demás la luz con la cual el Padre hace todas las cosas, la sabiduría con la que gobierna todo el mundo, y lo que es más que todo, «la luz de los hombres» que les da a conocer al Padre, y mediante este conocimiento les concede la vida sobrenatural, que consiste en el conocimiento sobrenatural de Dios, con la luz que nos da el Verbo comunicándonos su vida.

«Esta luz — prosigue San Juan — luce siempre en las tinieblas» en medio de la humanidad, que, aun en su estado natural, es tinieblas respecto de Dios y de la luz sobrenatural, pero mucho más lo es desde que caído Adán de la justicia original, se vió envuelta en pecados. Pero a pesar de que esta luz del Verbo lucía continuamente a los ojos de las tinieblas, «las tinieblas no la comprendieron», los hombres pecadores la descuidaron, la despreciaron, la rechazaron, y la siguen todavía rechazando muchísimos.

Estaba, pues, Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto Dios antes de encarnar, en el Seno del Padre, y estaba allí como Verbo del Padre, como su idea, su concepto, la expresión total de su sabiduría, el aliento de su poder, como una «purísima emanación de la gloria de Dios omnipotente, resplandor de su luz eterna, espejo sin mancha de su majestad, imagen de su bondad». (Sap. 7, 25).

Allí Nuestro Señor como Dios y Verbo del Padre, abrazado estrechísimamente con su Padre y en él reclinado por

toda la eternidad, espira y produce al divino Amor, al Espíritu Santo, con el cual y con el Padre vive y reina desde todos los siglos y por todos los siglos.

Desde allí, en fin, cuando Dios quiere crear los mundos, el Hijo y Verbo eterno de Dios es el autor, tipo y moderador de toda la creación.

«Yo — dice en el Antiguo Testamento (Eccli. 24 y Prov. 8) — nací, de la boca (es decir, del entendimiento) del Altísimo engendrada ante toda criatura. El Señor me poseyó al principio de sus caminos y de sus obras, antes que hiciese nada del principio. Fuí fundado desde la eternidad y desde la antigüedad, antes que se hiciese la tierra. Aún no había abismos y ya yo había sido concebido; aún no habían brotado las aguas de las fuentes, aún no se habían asentado los montes y antes de los collados yo nacía. Aún no había hecho la tierra, ni los ríos, ni los elementos del polvo de la tierra».

Pero «yo hice que en los cielos amaneciese la luz indeficiente, y como una nube cubrí la tierra entera. Cuando preparaba el Señor los cielos estaba presente, cuando con un círculo ceñía la superficie de los mares, cuando colgaba las nubes y comprimía las fuentes del abismo, y fijaba sus límites al mar para que las olas no traspasasen sus bordes, cuando ponía los cimientos de la tierra, yo estaba con él componiéndolo todo y me deleitaba cada día jugando sin cesar en su presencia, jugando en el orbe de la tierra, encontrando mis delicias entre los hijos de los hombres».

Tal es el retrato que del Verbo, de la Sabiduría hipostática nos hace el Antiguo Testamento, en todo conforme con aquella sentencia de San Juan en su Evangelio: *Omnia per ipsum facta sunt*, todo se hizo por medio del Verbo, *et sine ipso factum est nihil quod factum est*, y sin él no se hizo ni una cosa de las que fueron hechas.

3. EL VERBO QUIERE REDIMIRNOS

Pero no era esto lo único que hacía el Verbo en favor nuestro desde la eternidad, sino que ya desde entonces pensaba cosas mayores. Porque después de haber determinado criar al hombre como le crió, determinó encarnar

él mismo y hacerse hombre, como veremos que lo hizo, para vivir entre los hombres como el primogénito de ellos.

Porque habiendo criado Dios al primer hombre en el estado sobrenatural, dotado del don sublime de la gracia y capaz de aspirar a la gloria, y habiendo por su pecado perdido Adán y sus descendientes esta elevación sobrenatural, quiso Jesucristo restablecernos en el estado de gracia sobrenatural y devolvernos la facultad de entrar en la gloria, y para ello satisfacer y pagar por nuestros pecados, como veremos.

Y por eso habiendo visto desde la eternidad esta prevaricación y pecado de Adán, y todos los demás pecados de los hombres, desde esa misma eternidad determinó hacerse hombre y redimirnos con su sangre. Por donde desde toda la eternidad y al mismo tiempo que estaba gozando en el seno del Padre pensaba también en mí y en todos nosotros, y mucho más que en la creación ponía su pensamiento en la redención del género humano.

Lo que no sabemos es si Jesucristo se hubiera hecho hombre, aun en el caso de que Adán no hubiera pecado. La liturgia parece darnos a entender que no, cuando en el oficio de Sábado Santo dice hablando de la culpa de Adán: «Oh feliz culpa que mereció un Redentor tan excelente y tan grande!»

Sin embargo no deja de ser muy probable la opinión de muchos y graves teólogos, que explicando estas palabras de la Iglesia y otras de la Escritura, opinan que Jesucristo hubiera venido a encarnar y vivir entre nosotros, aun en el caso de que Adán no hubiese prevaricado; en ese supuesto ciertamente no hubiera venido a redimirnos, sino a ser la flor, la gloria, la perla de la creación y el sol del género humano.

Esta es la opinión de no pocos doctores, y la que elegantemente expuso nuestro insigne Maestro Fray Luis de León en su hermoso libro de los Nombres de Cristo. Allí al explicar el lindísimo nombre de *Pimpollo* que las Escrituras dan a Jesucristo, dice expresamente Marcelo (uno de los interlocutores del Diálogo) que Dios «crió todo cuanto se parece y se esconde, en el mundo, a fin de hacer esta unión bienaventurada y maravillosa de Jesucristo, Dios y

hombre, que es decir que el fin para que fué fabricada toda la variedad y belleza del mundo, fué por sacar a luz este compuesto de Dios y hombre, o por mejor decir, este juntamente Dios y hombre que es Jesucristo».

Y sostiene que todo este mundo se hizo para producir en él a Jesucristo, «así como en el árbol la raíz no se hizo para sí, ni menos el tronco, que nace y se sustenta sobre ella, sino lo uno y lo otro juntamente con las ramas y la flor y la hoja y todo lo demás que el árbol produce, se ordena y endereza para el fruto que de él sale».

Nosotros somos el árbol, pero la flor, el pimpollo, que vale él solo más que todo el árbol, el fruto por el cual vale el árbol todo lo que vale, y sin el cual no vale nada, es Jesús, Dios hombre y Verbo encarnado.

Tal vez esto quiso significar San Pablo en su carta a los Colosenses (1,15 y sig.) cuando entonó aquel hermoso himno a su Redentor, diciendo que Jesucristo es «la imagen de Dios invisible, *el primogénito de toda criatura*, porque en él fueron criadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos y las dominaciones y los principados y las potestades; todo ha sido criado por Cristo y en Cristo; él es ante todo y todo se sostiene en él». «Por Cristo y para Cristo, añade en la carta a los Hebreos, se hicieron todas las cosas» (2,10).

Si esto es así, Cristo, el Verbo encarnado, fué la primera idea y fin y motivo de la creación de este mundo; y la tierra material con sus galas y hermosuras, la humanidad entera con sus pueblos y sus razas, los ángeles del cielo con sus coros y jerarquías fueron escogidos después de Cristo y hechos para Cristo, para la Divinidad encarnada, para agruparlos en torno del Verbo humanado para su gloria y honor, para su adoración y amor perpetuos.

En resumen, según esta hermosa manera de pensar de estos teólogos, la idea de Dios desde la eternidad fué criar (prescindiendo de otros mundos de que poco sabemos) este mundo nuestro y en él al género humano variado, perfecto, admirable, elevado al orden sobrenatural, santo, sabio, feliz, donde todos fuésemos o pudiésemos ser como Adán y Eva, nuestros felices padres. Y desarrollada la humanidad convenientemente, sacar de ella el portento mayor

que puede pensarse, á Jesucristo, el Verbo encarnado, no ciertamente para redimirnos, sino para ser nuestra gloria, nuestra flor, nuestro pimpollo hermoso, que diese precio a este árbol, por lo demás despreciable, de la humanidad.

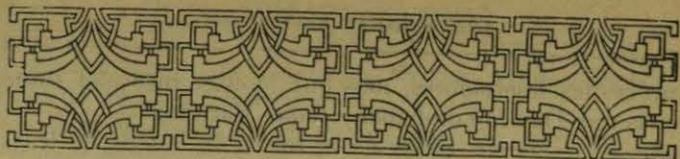
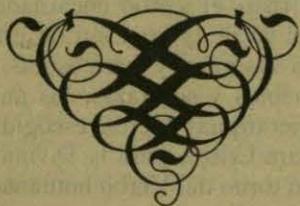
Y si, como sucedió, Adán prevaricaba y perdía para nosotros el derecho de la gracia y de la gloria, entonces vendría Jesucristo a ser, no ya solo nuestra gloria y pimpollo, sino nuestro Redentor, nuestra raíz, nuestra salud.

Si Adán no hubiese pecado, Dios nos hubiese venido del primer modo.

Pecó Adán y vino el Verbo del modo segundo.

Bendito sea Nuestro buen Dios que así desde la eternidad no solo pensaba en criarnos, sino en honrarnos, y por haber de caer Adán, en redimirnos. En medio de las delicias de que gozaba en el seno del Padre, ponía también, por su inmensa caridad, sus delicias en estar en medio de los hombres, y ocuparse de todo nuestro bien.

«En él estaba la vida», como dice San Juan; pero esta vida no la guardaba solo para sí, «era luz de los hombres».



VIDA EN LAS PROFECÍAS

4. ESPERANZA DE ISRAEL EN EL MESÍAS



CRISTE y abatida estaba la nación judía poco antes de la venida de Jesucristo. Casi ya no se podía decir que era nación.

A consecuencia de las guerras entre los sucesores de Judas Macabeo, Pompeyo, general romano, entró en la ciudad santa el año 63 antes de Jesucristo. Todavía después de este hecho, sujetos a la protección de Roma, tuvieron sin embargo por gobernadores a príncipes de su nación y de la familia de los macabeos.

Pero el año 40 recibió el pueblo de Israel una humillación terrible, pues no tuvo más remedio que recibir por rey a un extranjero, Herodes de Idumea, que compró el reinado de Judea a los Romanos.

Con todo, si en medio de esta humillación y abatimiento hubierais penetrado por las casas de Israel, lo mismo por las ciudades de Judea que por los campos Galileos, en todas ellas hubierais visto que en medio de las tinieblas del abatimiento lucía perenne un rayo de luz y de esperanza. Ningún israelita creía en su ruina definitiva, todos estaban esperando un libertador, un salvador, un profeta, un rey, un mesías, un cristo, un Jesús, o mejor dicho al Libertador, al Salvador, al Profeta, al Gran Rey, al Mesías, al Cristo, al Jesús, a un personaje augusto y poderoso más que todos sus